

# J.-B. Pontalis, el psicoanalista de la vida moderna



---

EDMUNDO GÓMEZ MANGO<sup>1</sup>

J.-B. Pontalis (1924-2013), J.-B., como lo llamaban sus amigos, fue en la cultura y en el psicoanálisis francés un «removedor»: la impronta indeleble que dejó en los múltiples ámbitos de su actividad (psicoanalista, editor, escritor, traductor) fue la de promover inquietudes, la de cuestionar y poner en movimiento aquello que parecía inerte o esclerosado, la de animar la palabra y el pensamiento.

En lo institucional, fue durante su presidencia de la APF (Asociación Psicoanalítica de Francia), en 1972, que se aprobó la reforma de estatutos (que se había comenzado a debatir en la presidencia precedente, de Jean Laplanche). Por ella se suprimía el psicoanálisis didáctico de la formación, considerado hasta entonces una etapa indispensable para acceder a «ser psicoanalista».

Como editor, fundó la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* (*Nueva Revista de Psicoanálisis*) (*NRP*) (1970-1994), que renovó profundamente al psicoanálisis francés; convocó, como una necesidad intrínseca al pensamiento analítico, a los investigadores de otras disciplinas de las ciencias humanas, incluyó a no analistas en su comité de redacción; cada uno de sus volúmenes incursionaba en campos inexplorados, no catalogados por la conceptualización analítica tradicional. La revista no dependía de ninguna institución. Creó, en las Ediciones Gallimard, la colección *Conocimiento del Inconsciente*, en la que dio a conocer correspondencias y obras de Freud

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia.  
edmundo.gomez@wanadoo.fr

hasta entonces inéditas en francés, así como autores anglosajones poco difundidos en Francia como Massud Khan, Harold Searless y sobre todo D. W. Winnicott, y subcolecciones como *Nuevas Traducciones y Trazados*. También fundó y dirigió *El Tiempo de la Reflexión* (1980-1989), revista anual, que reunía en su comité figuras de la talla de Jean-Pierre Vernant, Jean Starobinski, Claude Lefort, entre otros. En los últimos años produjo la colección *L'Un et l'Autre (El Uno y el Otro)*, que obtuvo un gran éxito de público; en cada libro, un autor evocaba a un «otro», frecuente pero no necesariamente un escritor, un personaje, real o imaginario; no se trataba de biografías, sino de intentos de aprehender la actividad invisible por la cual el «uno» hacía del «otro» una parte de su propia intimidad. Publicaron en ella destacados escritores como Pierre Michon, Christian Bobin, Jean Clair, Sylvie Germain, Roger Grenier, entre muchos otros.

Como psicoanalista, no desarrolló nuevas teorías del inconsciente ni se dedicó a la «caza de conceptos», práctica exagerada en algunos colegas. Intentó y logró acercarse siempre un poco más a la fuente freudiana, para recrear y avivar la frescura del descubrimiento. Habitó la lengua francesa con la elegancia, la ponderación, la ligereza profunda de los grandes clásicos. Confiaba, como Freud, en la «sabiduría insuperable de la lengua». Sus libros fundamentalmente psicoanalíticos, como *Entre el sueño y el dolor* (1977), *Perder de vista* (1988), *La fuerza de atracción* (1990), *Ese tiempo que no pasa* (1997), son también los de un gran escritor. Del mismo modo, en obras como *El amor de los comienzos* (1986) o *Un hombre desaparece* (1996) un cierto tipo de literatura de ficción se entremezcla con observaciones que provienen de una fina sensibilidad analítica. Cultivó el *entre-deux* (entredós), el «reino de lo intermediario», exploró el espacio del sueño, lo intemporal de lo inconsciente o la «quinta estación»; indagó en el *infans* para intentar darle la palabra, en el «pensamiento soñador» para establecer resonancias entre la escritura y la escucha libre y flotante de las sesiones; viajó por los «limbos», los confines de zonas inciertas de la imaginación y del alma. Volvió una y otra vez sobre el «ensañamiento» (*acharnement*) de la repetición, el «no, dos veces no» de la reacción terapéutica negativa, el «entrelazamiento» de lo muerto y lo vivo, el «trabajo de la muerte».

Creía en la encarnación, no como misterio religioso, sino casi como un principio estético: el verbo que le interesaba es el que tiende a encarnarse,

a volverse sensible, el que evoca el asombro de la primera vez, de los orígenes. Puede llamárselo el psicoanalista de la vida moderna, por ser quien más acordó su sensibilidad y su pensamiento con el de su tiempo, el del desmoronamiento de los «grandes relatos», el de las incertidumbres y los desasosiegos, el del espanto ante las fuerzas devastadoras de la destrucción; no renunció a seguir reflexionando críticamente, transformando las desorientaciones y las vacilaciones en verdaderos motores de su manera de pensar la modernidad. Rehusó las concepciones reductoras marcadas por la reificación, que confunden el psicoanálisis con la psicología o con la medicina. Rechazó el dogma del «todo lenguaje» y del significante del lacanismo y de sus seguidores, lo que le permitió mantener en vida el pensamiento y la lengua del psicoanálisis. Después del notable trabajo de redefinición y reelaboración del pensamiento de Freud, hecho con Jean Laplanche en el *Vocabulario del psicoanálisis* (1967), cultivó una sensibilidad y un modo de repensar la obra del fundador, que se quiso siempre abierta y crítica. Jean Starobinski percibió la «marca J.-B.», «imborrable», que él advertía en sus propios artículos escritos para la *NRP* y que caracterizaba como «un llamado a lo inesperado», como «aberturas hacia lo posible».

Reunía de un modo muy particular la tolerancia y la exigencia. Tolerancia ante al balbuceo de los trabajos de jóvenes analistas, ante el intento de nuevas formas para atrapar con la palabra escrita lo huidizo, lo inalcanzable y al mismo tiempo lo más vivaz de la «psique». Exigencia consigo mismo: recordaba a menudo la invitación de Sartre a pensar contra sí mismo. Exigencia del deseo de una escritura auténtica en la que el trabajo de la inteligencia que explora lo desconocido se alía a la forma sensible y clara de las palabras que intentan decirla. Intolerancia ante la arrogancia que a veces se disimula en una oscura maraña de conceptos, dejando escapar lo más importante de la experiencia. No «creerse el psicoanalista», desprenderse en permanencia de sí para dejar lugar al otro y a lo otro. No descansar en teorías cerradas, como para siempre adquiridas. Rehusar la complacencia consigo mismo y con el «nosotros los psicoanalistas», para poder acoger al «extranjero». Amaba sentir y decir «estamos hechos de mil otros».

En los últimos años, su escritura cultivó el fragmento, un modo de expresión más personal, inquieta, en movimiento, que le aportó un sinnúmero de nuevos lectores —*El niño de los limbos* (1998), *Ventanas* (2000),

*Travesía de las sombras* (2003), *El durmiente despierto* (2004), *Al margen de las noches* (2010), *Antes* (2012), entre otros—. Obtuvo el Gran Premio de Literatura de la Academia francesa por el conjunto de su obra (2011), y el Premio Mary S. Sigourney Award por sus trabajos psicoanalíticos (2001).

J.-B., el pensador amigo con el que siempre podremos darnos cita «en algún lugar de lo inacabado» (Rilke), como señaló su viejo amigo Roger Grenier. Nos dijo adiós con dos libros publicados casi simultáneamente en octubre de 2012: *Freud con los escritores*, que tuvo el conmovedor honor de cofirmar (Gallimard, *Connaissance de l'inconscient*, Tracés) y *El laboratorio central*, recopilación de entrevistas con diferentes interlocutores, reunidas y presentadas por Michel Gribinski (Éditions de l'Olivier). En el primero, reafirmó la importancia capital de los escritores en la obra de Freud, la proximidad, muchas veces inquietante, de las experiencias de la literatura y del psicoanálisis, ambas a la búsqueda, por caminos diferentes, del esclarecimiento de los conflictos del alma humana. En el segundo, escuchamos su confianza en la palabra dirigida al otro, al interlocutor, que transforma el diálogo en una manera de pensar.

Negó mucho en París el día de su entierro. Centenares de personas lo acompañaron. Algunos amigos y sus hijos lo despidieron con palabras encontradas en la violencia del amor herido, en la urgencia del dolor reciente de la pérdida. Cuando seguíamos el féretro hasta la fosa, se escuchó *La mer*, de Charles Trenet, una de sus canciones preferidas que había recordado su hija.

Murió el día de su cumpleaños, el 15 de enero. Lo había deseado, casi profetizado, como recordó Antoine Gallimard en la ceremonia fúnebre, leyendo este pasaje de *Al margen de las noches*: «Recuerdo haberme fabricado un secreto: la muerte me sorprenderá el día de mi aniversario. ¿Cuándo? Lo ignoraba, pero sería ese día. Curiosa convicción que hacía confundir y, por así decir, celebrar las bodas del nacimiento y de la muerte».

ADIÓS, J.-B.

*Palabras pronunciadas el 19 de enero 2013, en el cementerio de Montparnasse, París.*

Querido J.-B., le hablo hoy sabiendo que guardará silencio. ¿Cómo hacer para escuchar nuevamente su voz? Sé que no nos hablará más. Ha vuelto al reino del *infans*, que era también el suyo. Dar la palabra al *infans*, hacer hablar al mudo, hacer callar al *fatum* para recobrar la palabra. Son motivos insistentes de su pensamiento, de su escritura. Ahora está usted para siempre en la patria de los libros, son mudos, no hablan. Pero encontraremos, habitando usted en su nueva morada, el único consuelo: abriremos sus obras y escucharemos nuevamente su voz. Leeremos en silencio y sus palabras se volverán en nuestras almas lo que el poeta Juan de la Cruz nombraba «música callada», una música que calla, una música del silencio. Releeremos sus libros y de pronto un párrafo nos apretará la garganta, hará vibrar nuestras cuerdas vocales, lo leeremos en alta voz y usted hablará en nuestras voces.

Querido J.-B., usted nos ha dado tanto, nosotros lo hemos querido tanto. Estuve en análisis con usted durante muchos años. Luego nos volvimos amigos, lenta y progresivamente. J.-B., un padre, un hermano mayor, el amigo del exilio. Usted me permitió reencontrar la juventud de la amistad, usted rejuvenecía en la amistad, nosotros nos volvíamos jóvenes en la suya.

Su pasión fue el amor: amor de las mujeres y de los hombres, amor de los amigos, amor a la lengua francesa, su patria verdadera, amor al psicoanálisis, a la edición de libros, a la fabricación de revistas, amor de Francia y sus regiones. El amor a los suyos, a su esposa, Brigitte, a sus hijos, Jenny, Guillaume y Florence, Laure et Thomas, el amor a sus nietos.

Una «fuerza de atracción» emanaba de su persona y de sus libros: sus lectores lo sentían frecuentemente como un íntimo amigo y a la vez desconocido.

Era usted un hombre de letras, de palabras escritas y leídas, de vocablos escuchados y dichos. Se volvía grafómano, decía últimamente, anunciando la próxima aparición de un libro de cuentos que será, desgraciadamente, póstumo. Siempre escribió a mano y con su pluma, en hojas de papel. Era usted, en ese sentido, anacrónico, estaba fuera de moda, fuera del tiempo, resistiéndose siempre a la computadora. Y sin embargo era el psicoanalista de la vida moderna.

Se volvía intratable cuando sentía su fuero íntimo invadido, su libertad de pensar amenazada. Usted detestaba el abuso de poder, la dominación, la dependencia impuesta. Sabía decir no y romper con sus maestros, sin embargo queridos, Sartre, Lacan. Le desagradaban los grandes coloquios psicoanalíticos, tan impropios al desvelamiento de la intimidad de las sesiones.

Muchos analistas de mi generación hemos crecido en torno al silencio de esa cosa sin nombre que su pensamiento no cejaba de cernir, la que se encuentra más allá del lenguaje, allí donde se producen los acontecimientos verdaderos y profundos de la vida del alma. Algunos la denominan poesía, música, pintura, filosofía; otros, Dios. Freud nos enseñó a acercarnos a ella, sin jamás alcanzarla, llamándola *el inconsciente*.

Era, creo, el enigma de su alma que sus pensamientos y sus palabras no cesaban de interrogar: un niño mudo que se envolvía con palabras, una «afasia secreta», decía usted, que lo obligaba a escribir, «para sobrepasarla tanto como para testimoniarla». Un niño enlutado por la muerte precoz del padre, que se abrigaba en el silencio. Tenía miedo de la lengua, pero se sentía irresistiblemente atraído por ella, quería poseerla pero temía sus espejismos, sus ilusiones, sus trampas. Es la única foto, creo, que usted hizo encuadrar, y que estaba siempre cerca de usted, sobre su escritorio: un hombre de pie, posando una mano sobre el hombro de un niño. El hombre, su padre, desapareció poco tiempo después.

Usted me hizo sentir que nuestro verdadero exilio es el del lenguaje, que hemos perdido para siempre el «reino de las madres», que hemos caído definitivamente en la lengua. Volver nuestra vida atrás es imposible. ¿Cómo reoír el «antes», cómo acceder por y en el lenguaje a aquello que el lenguaje nos ha hecho inexorablemente abandonar?

¿Escribía usted para eso, para alcanzar el «claro» de las palabras? ¿Su palabra buscaba eso, la claridad? ¿Quería aclarar la sombra de los orígenes, la noche del desamparo, pero también recobrar el gozo infinito de la sensualidad infantil, intacta, alucinada, donde siempre es hoy, lo que usted llamaba, con Pascal Quignard, «la quinta estación»? Su escritura ¿se prometía a la búsqueda del «tiempo que no pasa»? ¿Al «amor de los comienzos»?

Vi por última vez su rostro el martes pasado, al mediodía, en lo que se llama «sala de presentación» de un hospital. Su rostro aparecía extra-

ñamente calmo, extrañamente bello. Cerca de su familia, me sentí como un niño extranjero, como un niño perdido.

Quizás quiso usted morir el día de su cumpleaños, me dijo Brigitte, cuando el comienzo del día se confunde con su desaparición, cuando el fin de una vida se confunde con el nacimiento, un día-noche de la quinta estación, que no figura en ningún calendario, como si perteneciera al tiempo cíclico de un eterno retorno.

Querido J.-B., ¿cómo no recordar hoy, en la tristeza de la separación, su humor, que impregnaba como una dulce melancolía sus últimos libros, su conversación? No podría definirlo, sino solo evocarlo. Era usted un formidable imitador. No olvidaré su voz mimando la de Sartre, nasal y cortante, o la de Lacan, sus suspensos, sus suspiros, sus carraspeos, sus imprecaciones...

Terminaré, querido J.-B., retomando en mi voz algunas palabras silenciosas de sus libros. Van hacia usted, las oírán, vienen de usted, nos las dirigió. La vida vuelve desde la muerte en el soplo de su voz. Nos dice:

«Aterrizarán en algunos minutos en el aeropuerto Charles de Gaulle...»  
De pronto, me vuelvo hacia Ana: «¡Mira, es él, ese claro, ya lo veo!». Sí, es él, esa mancha blanca, ese minúsculo rectángulo, puesto ahí, entre un bosque sombrío y un campo de trigo, último claro antes de la invasión anárquica de los suburbios [...] es mi claro el que voy a alcanzar, como para encontrar en él confundidas todas las edades de mi vida, cuando me doy el permiso (*El niño de los limbos*).

Sueño... con un pensamiento del día que sería soñante. Soy incapaz de definir lo que él sería. ¿Avanzaría como nuestros sueños, sin la conciencia de su destino, llevado por la sola fuerza de su movimiento, tomando múltiples vías que finalmente convergerían en un punto luminoso? (*Ventanas*).

Le digo adiós, querido J.-B., en esta búsqueda de una luz, con la esperanza de que en la memoria que guardaremos de usted puedan sobrevivir el pensamiento de la *philia*, el amor de la amistad y el agradecimiento. ♦